

La pasión inestable y permanente

Rocío Arana Caballero (Universidad Internacional de la Rioja, UNIR)

RESUMEN

Este trabajo gira en torno a la poesía que actualmente se está publicando en varias editoriales sevillanas. Es un estudio de cuatro poemarios escritos por poetas de diversas edades, uno de ellos cubano afincado en Sevilla, publicados en dos sellos editoriales importantes y muy activos en la vida cultural de la capital andaluza: Renacimiento y Siltolá.

Palabras clave: Poesía actual, Sevilla, siglo XXI, Renacimiento, Siltolá

ABSTRACT

This paper shows the activity of some poets in Seville, one of them is a Cuban poet who lives in Seville as well. The author wants to analyze the works of four poets from southern Spain, published in two important publishing houses: Renacimiento and Siltolá.

Keywords: Poetry, Seville, XXI century, Renacimiento, Siltolá

La pasión inestable y permanente

Rocío Arana Caballero (Universidad Internacional de la Rioja, UNIR)

La pasión inestable y permanente: cuatro calas en la reciente poesía andaluza

La poesía, como afirmó el poeta Julio Martínez Mesanza, es esa pasión inestable que llega a tu vida cuando desea... y siempre vuelve: la pasión inestable y permanente¹. Se trata de una definición lírica pero certera, que pretendo hacer mía en este trabajo para visitar algunas publicaciones recientes de poetas andaluces a distintos niveles cronológicos.

La poesía es un elemento vivo, que crece con voz propia y recorre vericuetos a veces insospechados. Andalucía es también una región viva, tradicional tierra de poetas. No hay más que ver las antologías publicadas en los últimos años: *Y habré vivido. Poesía andaluza contemporánea* (Diputación Provincial de Málaga, 2011)²; *Los cuarenta principales. Antología general de la poesía andaluza contemporánea (1975-2002)*, a cargo de Enrique Baltanás (Sevilla, Renacimiento, 2002); *Sombra hecha de luz. Antología de la poesía andaluza actual*, coordinada por Abel Feu con sello editorial trasatlántico (UNAM); *Alzar el vuelo. Antología de la joven poesía sevillana*, lanzada en Sevilla por Luna Borge (2006); *Lírica andaluza contemporánea* (2007), de Fernando Ortiz³ y *Entre el XX y el XXI. Antología poética andaluza (II)*, que Rafael Morales Lomas editó en Barcelona (2009)⁴. Por no continuar con antologías más puntuales, como la que Francisco Díaz de Castro dedica a *La otra sentimentalidad* (2003, Fundación J.M. Lara) o Araceli Iravedra a *La poesía de la experiencia* (2007, Visor)... Hablamos de un espacio muy amplio, polarizado en torno a Granada y Sevilla pero con otros puntos de ignición y respaldado por una tradición literaria que se remonta a los Siglos de Oro. El asunto es tan inabarcable que no tendría sentido historiarlo en estas pocas páginas. Abordaré algunos aspectos puntuales.

¹ Julio Martínez Mesanza: conferencia sobre poética y poesía impartida en la Fundación Juan March, 4 de octubre de 2005.

² Coordinada por José Antonio Mesa, Aurora Luque y Jesús Fernández Aguado, aparece como libro-disco en la colección "La sirena inestable" del centro Cultural "Generación del 27" de la Diputación de Málaga.

³ Actualiza y amplía, con otro enfoque su librito de 1981, *Introducción a la poesía andaluza contemporánea*.

⁴ Señalo las más interesantes, simple botón de muestra de una actividad que no parece cesar. Remito al lector interesado a la lista de tres páginas que García Montero tiene colgada en internet.

¿Andalucía, tradicional tierra de poetas? Esta última aseveración ha sido puesta en duda últimamente por la crítica: en *Los cuarenta principales*, Enrique Baltanás dedica un epígrafe a desmontar lo que él denomina “la divertida monserga de la poesía andaluza” (Baltanás 2002: 13).

Hay más poetas andaluces que poetas cántabros por la sencilla razón de que hay más ciudadanos andaluces que ciudadanos cántabros (Baltanás 2002: 15).

La dicotomía entre críticos entusiastas y críticos escépticos sobre la supremacía del poeta andaluz ha sido reseñada también por Abel Feu, en *Sombra hecha de luz*. En ella recalca incisivamente:

Al fin y al cabo, la mejor poesía andaluza es la mejor poesía española escrita por andaluces. Y en este árbol, más allá del lugar de nacimiento, es donde dan su fruto los poetas andaluces de finales de siglo XX y principios del actual (Baltanás 2002: 11).

No entraré en la polémica, pero lo cierto es que de la conjunción de poetas vivos en una ciudad viva nacen propuestas editoriales, trayectorias vitales y literarias de suficiente interés como para ser estudiadas, al menos en su superficie. Los poetas consagrados (Álvaro Salvador¹, Luis García Montero², Jacobo Cortines y tantos otros)... no necesitan voceros que los señalen. Las publicaciones, jornadas y actividades poéticas de la Fundación Juan Manuel Lara, a través de la colección Vandalia, dirigida por Cortines abren la poesía andaluza hacia el exterior, en un fecundo diálogo representado por Caballero Bonald y Ginferrer durante el pasado ciclo de conferencias celebrado en Sevilla a fines del 2011. Las colecciones poéticas de Renacimiento, lideradas por Abelardo Linares desde el 77 a través de la colección “Calle del Aire” y otras, por no hablar de su labor editorial y la revista homónima, han tenido una amplia difusión.

He creído oportuno, entonces, acotar el asunto de mi trabajo y centrarme en el análisis de las últimas obras poéticas de cuatro autores en activo, cuyas diversas trayectorias vitales han confluído en Sevilla. Estudiaré cuatro

¹ Catedrático y poeta, incluso antólogo (junto a A. Jiménez Millán y Juvenal Soto) del fenómeno que comento (*Antología de la joven poesía andaluza*. Málaga: Litoral, 1982), ha publicado múltiples libros en prosa y verso. Señalo dos referencias poéticas ineludibles: *Suena una música (poesía 1971-1993)*. Valencia, Pretextos, 1994 y *Ahora, todavía*. Sevilla: Renacimiento, 2001).

² Uno de los poetas más laureados: *Premio Adonáis* 1982 por *El jardín extranjero*, *Premio Loewe* 1993, *Premio Nacional de Literatura* 1994 por *Habitaciones separadas*, *Premio Nacional de la Crítica* 2003 por *La intimidad de la serpiente*, *Premio Poetas del Mundo Latino* por su trayectoria (2012)...

poemarios publicados en las editoriales Renacimiento y Siltolá durante la última década. Sé que dejo en el tintero grandes poetas, españoles y andaluces de merecido renombre, pero no he hallado otra solución al jeroglífico del tiempo y el espacio que encadena la escritura de cualquier artículo.

Intencionadamente he decidido no hacer mención a grupos, corrientes o generaciones, marbetes que se prestan a ser cuestionados por la crítica. El objeto de estudio es demasiado cercano en el tiempo como para proceder a una clasificación en absoluto de moda en estos tiempos. Paulatinamente, críticos y estudiosos han comenzado a huir de encorsetamientos que solo enmarañan lo que debe ser el análisis de los textos poéticos en sí. El orden de aparición de los cuatro autores que voy a analizar atiende a razones estrictamente cronológicas. Además —y atendiendo a la perspectiva trasatlántica—, comenzaré con José Pérez Olivares, poeta cubano afincado en Sevilla, nacido en 1949. Continuaré con los sevillanos Enrique Baltanás, que nació en el año 1952, y Víctor Jiménez, poeta del 57; para finalizar con Pablo Moreno, el más joven de los cuatro (1977). El estudio viene precedido por una escueta reseña sobre la situación poética actual de la capital andaluza, que paso a esbozar.

A finales de siglo XX y comienzos de siglo XXI afloran en Sevilla numerosas revistas y colecciones de poesía: desde la prestigiosa *Nadie parecía*, que nace en 1999¹ con el sello de la editorial Renacimiento y que dirigen, durante los siguientes cuatro años, el editor Abel Feu y los poetas Enrique García Máiquez y José Mateos; hasta la reciente *Isla de Siltolá*, pilotada Javier Sánchez Menéndez y que cuenta en su consejo con poetas de la talla de Luis Alberto de Cuenca y Julio Martínez Mesanza; pasando por interesantes proyectos como la revista *Númenor*, con veinticinco años en su haber bajo el impulso de Fidel Villegas. Es decir, conviven en la capital andaluza sensibilidades dispares y valiosas que, puntualmente son capaces de confluir, por ejemplo, en proyectos como las Veladillas poéticas del Alamillo, coordinadas por miembros del colectivo sevillano “La palabra itinerante”.

En el prólogo de su particular antología de poesía sevillana, *Alzar el vuelo*, José Luna Borge disecciona breve y certeramente las revistas y editoriales poéticas que han surgido en los últimos años en la capital andaluza: *Renacimiento*, *Númenor*, *Surcos de poesía*, *La palabra itinerante*, *La vaca de muchos colores...* La antología, publicada en el año 2006, es anterior a la creación de la reciente *Siltolá*. Luna Borge define en ella al grupo *La palabra itinerante* como:

Un colectivo cultural que se dedica a la acción poética a través de diversas

¹ Como merecido homenaje a la revista cubana homónima, que dirigieron Lezama Lima y Ángel Gaztelu entre 1942 y 1944.

vías, lenguajes y cauces, en un proceso de análisis y transformación de la realidad. Serían los herederos de la poesía social de los sesenta pasados por el tamiz althusseriano de *La otra sentimentalidad* (Luna Borge, 14).

A continuación, el antólogo reúne una nómina de escritores tan implicados en el colectivo como para firmar un manifiesto: José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez, Juan Antonio Bermúdez, Pedro del Pozo, Manuel Ortega Pérez, Iván Mariscal, Manuel Fernando Macías, Pablo Terradillos y Miguel Ángel García Argüez.

Hacer una historia, aún breve, de tantos proyectos interesantes no tendría cabida en estas líneas. A modo de ejemplo y por ser la revista en que se forja el más joven de los poetas que trataré aquí, dejo apuntada la trayectoria de *Númenor*: una cantera de creadores que, sin formar un grupo compacto a día de hoy, comparten amistad, admiración, exigencia y maestros. No en vano en esa editorial aparecieron poemarios de Miguel d'Ors y de José Julio Cabanillas, y a los encuentros poéticos de otoño que suelen organizar cada año, vienen a recitar maestros como Julio Martínez Mesanza, Carmelo Guillén Acosta, Amalia Bautista, Enrique García Máiquez o Eloy Sánchez Rosillo. En 1999, Jesús Beades gana el premio literario Gerardo Diego que otorga la Diputación de Soria, y varios miembros redactores de la revista viajan a la ciudad castellana, en lo que fue una especie de viaje iniciático que irá seguido de otros (por ejemplo, Pamplona 2003, tras la invitación a recitar en el Museo de Navarra). Así van forjándose el mencionado Beades, Joaquín Moreno, Rocío Arana, Juan José Cerero, Pablo Buentes, Francisco Gallardo y Pablo Moreno, quien obtuvo el accésit del premio Luis Cernuda 2002; así como el del Adonáis 2007 y ganó el premio de poesía Fundación Ecoem en el 2011.

Esta fundación sevillana, creada por el empresario Javier Sánchez Menéndez en el año 2004, ha sido un balón de oxígeno para la cultura poética en Andalucía occidental. Surgió con vocación solidaria, dedicándose, durante los primeros años de su andadura, al voluntariado y a la edición de publicaciones educativas, como academia especializada en preparar oposiciones de Enseñanza media. Sin embargo, Sánchez Menéndez siempre tuvo inquietudes culturales: en los noventa coordinó el Aula de Poesía del Ateneo de Sevilla, y a principios de esa década dirigió *La Torre*, revista literaria del Ateneo de Córdoba. Por fin, en el 2009 se lanza a la edición de poesía con *La Isla de Siltolá*, un producto impecable que agrupa a diversos poetas. En palabras del mismo Sánchez Menéndez, en una entrevista que concedió a la revista *Nuestro Tiempo*:

Siltolá es una isla que no existe explica. Hace 25 años conocí a Jesús Cotta, él tenía la idea de un sitio que fuera exclusivo para los poetas:

Canora. Eso es Siltolá. Y un estilo de vida. Defendemos el libro de un autor a contracorriente, el primer libro de poesía de autor sin premio, y lo que queremos es limpieza y transparencia (Dávalos 84 85).

Siltolá publica a poetas reconocidos, como Julio Martínez Mesanza, pero apuesta también por autores noveles, como Corina Dávalos. Parte del éxito de público y crítica obtenido por *Siltolá* se debe a la creación de una revista, *La isla de Siltolá*, bajo el patrocinio de un consejo redactor de notable peso específico en el momento cultural y editorial español: Julio Martínez Mesanza, Luis Alberto de Cuenca, José Mateos y Abel Feu. Otra particularidad que brinda atractivo a esta reciente oferta editorial es que cuenta entre sus diversas colecciones con una, “Álogos”, dedicada a la publicación de textos que, en su día, fueron entradas de blog. De esta forma, se nutre de las aportaciones de grandes blogs, como “Por estos andurriales” de José Miguel Ridaó, que fue el inventor del neologismo “álogo”, (comentario dejado en la entrada de un blog); “Máster en nubes”, de Aurora Pimentel; “Ah de la vida”, de Juan Antonio González Romano; “Rayos y truenos”, de Enrique García Máiquez, o “Columna de humo”, de José Manuel Benítez Ariza.

Todos estos proyectos literarios y otros cuantos que no he podido nombrar, conforman una pléyade cultural en la Sevilla de principios de nuestro siglo: una ciudad viva repleta de poetas vivos.

José Pérez Olivares: una voz de allende el mar

José Pérez Olivares (Santiago de Cuba, 1949), poeta cubano que reside en Sevilla desde 2003, ligeramente mayor que los otros tres de los que hablaré, es un ejemplo del influjo trasatlántico en jóvenes poetas sevillanos como Jesús Beades, Pablo Moreno o Rocío Arana. El crítico José Luis García Martín lo ha calificado, en la edición digital de la revista “El Cultural” con cuatro acertados adjetivos: “culturalista, meditativo, a ratos aparentemente coloquial, siempre muy literario” (*El cultural*, 14/06/2000).

Es autor de varios poemarios publicados a ambos lados del Atlántico, lo que ya da fe de su condición trasatlántica sostenida con tenacidad y dificultades: *A imagen y semejanza* (Universidad de la Habana, 1987); *Caja de Pandora* (Letras Cubanas, 1987); *Examen del guerrero* (Madrid: Visor, 1992); *Cristo entrando en Bruselas* (Renacimiento, 1994); *Háblame de las ciudades perdidas* (Renacimiento, 1999); *Lapislázuli* (Letras Cubanas, 1999); *El rostro y la máscara* (UNEAC, 2000), *Últimos instantes de la víctima* (Instituto Juan Gil-Albert, 2001), *Los poemas del Rey David* (Tierra de Nadie, 2008). Ha publicado una antología de poesía

española, *El hacha y la rosa* (Renacimiento, 2000.) Sus premios, recibidos también en ambas orillas (el Gil de Biedma de Segovia en 1991, el Alberti de Puerto de Santa María en 1993; pero también el David de La Habana (1982) y el Poesía 13 de Marzo de la misma ciudad en el 85) perfilan una vida siempre en delicado equilibrio trasatlántico. Por fin, y como muestra de su doble vertiente a la hora de publicar y generar un público, en 1998 recibió el *Premio Renacimiento de Poesía* y en el 2000, el *Premio de la Crítica* en La Habana.

A la nacionalidad cubana del poeta y a su residencia en Sevilla se une su condición de pintor y dibujante, que trasciende poemas y se plasma no solo en el asunto poético de muchas de sus piezas, escritas ante cuadros de Picasso, Ensor, Goya, Velázquez o El Bosco, sino en una forma de escribir “pictórica”.

También hay animales raros, frutos de carne pulposa,
floraciones que llenan los ojos
de una sustancia

suavemente mórbida (*El hacha y la rosa*, 12).

Cristo entrando en Bruselas (Renacimiento 1994) es, de los cuatro poemarios en los que me detendré, el más antiguo en el tiempo, y el más complejo en cuanto a temáticas, reminiscencias e intertextualidad. La poesía de Pérez Olivares es descriptiva y misteriosa a un mismo tiempo. Si para el latino Horacio la poesía debía ser, era, igual a la pintura, Pérez Olivares cataliza esa *mimesis* en su obra, plasmando no solo la realidad de los colores sino la realidad misteriosa y a veces atormentada del interior de los hombres. Al autor le importan los colores, le importan las palabras, pero sobre todo le importan las personas. Y el fondo de miseria y nobleza que late en cada hombre: tal vez sea ésta la explicación al oscuro enigma que es el poema “Defensa de un pintor llamado Francisco”:

Lo que soy y he sido se lo debo a Goya.
Lo que eres y serás se lo debes a Goya [...]
Si no quieres verte en sus pinturas, (cierra los ojos! [...])
De todas maneras, la sangre de las ejecuciones
seguirá mojado tus pies (Pérez Olivares, 17-18).

Personas felices y personas torcidas, el placer y la maldad que trasfiguran al hombre, la hermosura que desprende la tentación y la que encierra el perdón divino, la fealdad de ciudades en guerra sublimada por la belleza del arte: éstos son los ejes temáticos sobre los que gira este libro de un poeta

trasatlántico venido a incardinarse en el sur de España y responsable de todo un tejido de relaciones que enriquecen a la vieja metrópoli:

Miro, a través del agua, ese río que somos (Pérez Olivares 1994).

El fluir de un río es tópico recurrente en *Cristo entrando en Bruselas*, y más allá de las resonancias clásicas que impregnan la poesía de su autor, palpamos su influjo en la cadencia del verso libre, no sujeto a metro clásico pero no por eso exento de musicalidad, y en la propia cadencia del libro. No hay bloques ni divisiones en él, los poemas fluyen en una unidad temática que aúna visiones perturbadoras e intuiciones llenas de una extraña calma. En la mayor parte del poemario destaca la aseveración, que es el canal más directo y sencillo por el que el poeta nos hace llegar sus intuiciones.

En esa palabra está la prueba de que lo divino existe y nos rodea [...] Si los niños dijeran a menudo lapislázuli, seguramente no habría tantas guerras (Pérez Olivares, 11).

El poema “Lapislázuli” congrega dos de los temas primordiales en la obra de José Pérez Olivares: el color azul como principio vital, como ejemplo de ese fluir de la vida, y el poder de las palabras la magia de las palabras. Por el contrario, es en el poema “Reflexiones del pintor James Ensor” donde la conmiseración ante la fealdad y ruina de las personas alcanza su cumbre:

Donde está el horror, ahí debe estar Cristo.
Donde está la soberbia, debe estar Cristo.
Donde está la indecencia, Cristo también (Pérez Olivares, 37).

La “mirada triunfal” de Cristo deslumbra ante tanta humanidad caída, redimiéndola. El otro gran tema que late en el poemario es el sensual, el canto a la voluptuosidad de los cuerpos, tópico que Pérez Olivares afronta de nuevo desde una perspectiva pictórica, a través de la contemplación de los cuerpos pintados en un cuadro. El goce se une así a la sustancia eminentemente fantástica del arte:

No puede haber infierno entre tantas dulzuras.
Las fronteras del arte no conocen edictos,
es el único país donde todo es posible (Pérez Olivares, 12).

El arte, según José Pérez Olivares, sirve para retratar la fealdad pero también para dotar al cuerpo humano de un halo sobrenatural, de una belleza mágica.

Enrique Baltanás: misterio y desierto

Enrique Baltanás (Alcalá de Guadaira, Sevilla, 1952), profesor de literatura en la Universidad Hispalense, es también autor de numerosos libros de poesía, prosa y aforismos, entre los que destacan *Ex libris* (1994), *La tarde en las almenas* (1995), *Las señales del fuego* (1997), *Papel de música* (Premio Luis Cernuda 1998) y *El argumento inacabado* (2005). Su labor investigadora se centra en la figura de los hermanos Machado, y recientemente publicó una novela, *A punto de dejarlo* (Paréntesis, 2012)

Con *Trece elegías y ninguna muerte* (Siltolá, 2010) alcanza su madurez creativa: una plenitud donde la serenidad gana terreno a un cierto desapego o austeridad formal que podía vislumbrarse en el resto de su obra poética. *Trece elegías* es un libro poderoso, más luminoso y asertivo que los anteriores poemarios de Baltanás. Es un libro que se abre y crece y crece a medida que se lee, como un bosque, igual que un laberinto. Al comenzar a leerlo, uno puede pensar que el libro va a discurrir por la trillada senda del estoicismo bien medido y la frialdad exacta. Pero no. Tras volver algunas páginas, uno se abre a otros mundos gigantescos, como una sinfonía coral que nunca cesa. Los endecasílabos blancos dan paso a las anáforas, un recurso muy utilizado por Baltanás, que sumerge al lector en un círculo obsesivo de belleza.

En el poema prólogo se nos invita a transitar por el libro que el autor no duda en definir como un secarral, y se asegura que “sólo con frialdad puedo estrechar las manos/del misterio” (Baltanás 2010: 11). Aquí la palabra “misterio” tiene una connotación positiva, al igual que “frialdad”. Una frialdad que por momentos se tiñe de calidez, y un misterio que sólo se alcanzará por medio de la lógica.

En los siguientes poemas el autor no hace otra cosa que afirmar, aunque lo que se afirme sea sólo el propósito de vivir en continua búsqueda. En tales composiciones se alude con mucha frecuencia a la luz, una luz en una cumbre que no se contrapone al misterio, sino que nace de él. Algunos poemas nos muestran a un Baltanás que no entiende su tiempo, ya que sus coetáneos han desterrado el misterio y, por eso, se hallan incapacitados para encontrar la luz. Este empeño de permanecer en el misterio es lo que confiere unidad a todo el libro, tras pasado de una ironía lúcida, como ocurre en la elegía II, en la que emplaza al lector al momento en el que los agujeros negros se vuelvan por fin blancos.

Baltanás refleja en su libro, como en un espejo deforme, una sociedad que ha dejado de preguntarse porque cree tener todas las certezas, hasta el punto de haber perdido el gusto por indagar: “Yo indago bibliotecas igual que corazones” (Baltanás 2010: 15). Y esta indagación es el tema principal de muchas piezas: en alguna de ellas se realiza una enumeración mítica,

que revela la nostalgia por un mundo perdido:

Como quien sale en busca de una flor,
un anillo, una espada, acaso un mapa (Baltanás 2010: 15).

Tal vez sea ésa la razón de que estas trece elegías no lloren ninguna muerte: su autor dibuja un mundo casi perdido y a la vez nos transmite su esperanza. Una esperanza que se contrapone a la utopía: algunos poemas recuerdan el famoso verso de Julio Martínez Mesanza, que afirma sin rubor que la utopía “ofende al hombre” (Baltanás 2010: 66). Baltanás reivindica la búsqueda como estado vital, la cual no tiene por qué desembocar en la duda, sino más bien en la esperanza. La búsqueda es un trago de sombra, una copa de niebla. Y aquí, una vez más, los términos “sombra” y “niebla” carecen de la connotación negativa que suelen poseer. El poeta conoce la tradición literaria y sabe ser culturalista, comparar la muerte con un río de aguas oscuras y hablar de Heráclito en la elegía V; pero en último lugar no duda en afirmar que para él la muerte es sólo un trago de angustia entre dos sueños.

Los últimos poemas nos muestran un principio de respuesta, una afirmación gozosa pero aún envuelta en penumbra. En ellos la clave de la búsqueda es lo que debe ser encontrado, sin prisas y sin atajos fáciles. Un difícil equilibrio que se puede resumir en este verso: “No necesito un dios como morfina” (Baltanás 2010: 22), que inevitablemente nos recuerda aquel otro de José Mateos: “Un dios que se concibe ya no es Dios” (Baltanás 2010: 33).

En este libro Enrique Baltanás habla de una trascendencia más presentida que vista, de un Dios soñado como respuesta que respira en cada página.

Víctor Jiménez: la ironía velada y la cotidianidad

Víctor Jiménez, poeta nacido en Sevilla en el año 1957, es autor de varios poemarios —*Cuando venga la luz* (1994), *Las cosas por su sombra* (1999), *Tango para engañar a la tristeza* (2006) y *Taberna inglesa* (2006)— reunidos en el volumen *El tiempo entre los labios* (2009), y de un último libro, *Al pie de la letra* (2011), en el que voy a centrar mi breve estudio, partiendo de algunas pinceladas sobre su obra anterior.

En su poemario *Taberna inglesa*, las palabras invocan poderosamente imágenes decrépitas e invernales, y giran en torno a temas tan capitales como el sueño, como elemento que sustenta un amor y todo un mundo lírico; y el paso del tiempo, que en los poemas cortos cobra carácter de aforismo, con todo el sabor reconcentrado de la sabiduría popular.

Las piezas cortas del libro están teñidas de nostalgia, de la madurez que da el tiempo transcurrido, donde resurge el amor que se piensa, se sueña y se recuerda, con el remordimiento tal vez de lo que no se ha dicho. En ocasiones, el poemario corre cierto peligro de precipitarse por un coloquialismo algo prosaico:

Si un día alguien se acerca y va y te dice
así como quien no quiere la cosa (Jiménez 2006: 19).

En *Al pie de la letra* (Siltolá, 2011), Jiménez lima definitivamente esos prosaísmos que asomaban a su anterior poemario, o mejor dicho los aprovecha y los hace poéticamente válidos, expresivos. Puede decirse que el protagonista de este poemario es el tiempo, tema ya vital en la trayectoria del autor, que ahora se encarna, toma forma en la estructura del libro a modo de diario de un curso escolar, motivo poco inspirador que Víctor Jiménez ha transformado en su *leitmotiv*. Por eso el libro se divide en tres grandes bloques, bautizados, sin barroquismos, con sencillos números en carácter romano: cada uno de estos bloques corresponde a los tres trimestres en los que se divide el curso, y así las soñadas vacaciones sirven de cesura temporal articulando la obra poética. (“En el nombre de Dios, un alto el fuego”, llegará a escribir en la pieza que cierra la primera parte, es decir, el poema previo a los días de Navidad).

Los alumnos, su desidia y silencio hosco; los compañeros, casi siempre cómplices; el sistema, masivamente burocratizado y puntualmente dictatorial, y el descontento ante una ley de educación que se considera inicua son los temas que subyacen en esta colección de treinta y tres poemas, en los que a veces brilla un breve oasis, y el amor entre compañeros, la camaradería con antiguos alumnos y la amistad o admiración se abren paso.

Así, podríamos decir que la de Víctor Jiménez es una poesía intimista, que vierte en cada página sus percepciones y sentimientos; pero también una poesía social, ya que toca temas de honda importancia y actualidad en este momento. Por eso el estilo coloquial que adopta, salpicado de metáforas sorprendentes y de momentos nítidamente líricos, es el tono que conviene a esta nueva temática. La crítica social se vislumbra desde el primer poema, “Parking público”. El instituto se irá comparando, en modernas alegorías, a un parking, un hospital de campaña, un campo de batalla, una caseta de feria. En la pieza que abre el poemario, se incide en la actitud de muchos padres que consideran a sus hijos como carga y, en el primer día de instituto, ven el pistoletazo de salida a su liberación:

Como si no supieran
que asegurado tienen lo que buscan

aparcamiento vigilado y gratis
para sus criaturas (Jiménez 2011: 9).

Poemas de un cuidado endecasílabo, logrado en muchas ocasiones mediante el desorden sintáctico y el recurso de colocar el verbo al final de la oración, “y en estampida la escalera bajan”.

Así como en *Taberna inglesa* la fuerza poética del libro se concentraba en la brevedad lírica y en la expresión del olvido soñado y no alcanzado, el motor que mueve este último poemario es la ironía, una ironía dosificada, utilizada como recurso estilístico para intensificar el dramatismo o para aliviarlo, como puede verse en “Propósito de enmienda”:

He puesto un parte, leve, de conducta
a tres alumnos que no hacían nada
más que gritar, reírse, levantarse
de su sitio y tirar aviones de papel.
[...] Ahora me arrepiento
de mi poca paciencia
y de haber coartado
la creatividad
de estos grandes muchachos de altos vuelos,
futuros ingenieros aeronáuticos (Jiménez 2011: 17-18).

Ironía que se va tiñendo de distintos matices, melancólicos, jocosos o sarcásticos, a lo largo del ciclo poético. En el diálogo constante con sus maestros se percibe en ocasiones una intertextualidad nostálgica:

Ni tarde parda fría del invierno,
ni gris monotonía de la lluvia
detrás de los cristales
ni canta la lección
todo un coro infantil.
Son estos nuevos tiempos (Jiménez 2011: 19).

La ironía alcanza su cota más dramática en poemas como “Deferencia”, en los que el profesor, llevado de su buena fe, llega a creer que los alumnos se han transformado en seres silenciosos, ordenados e incluso estudiosos, y en un momento de idealismo piensa que lo hacen por deferencia a él, antes de girarse y ver a un alumno dormido, cuya siesta no quieren quebrar los compañeros. Esta ironía se vuelca también, en su vertiente mala, hacia el sistema y las nuevas leyes de educación en las que, a ojos del autor, los profesores se ven cada vez más indefensos: “como

siempre, filípica y tirón/ de orejas a los niños malos” (Jiménez 2011: 38), se puede leer en el poema “Un toque de atención”. Esos niños malos son, por supuesto, los profesores, a los que se les culpa en el claustro de todos los males que asolan a la educación.

En “Los buenos estudiantes”, sin embargo, Víctor Jiménez se logra librar de una visión excesivamente pesimista, y así evita caer en el ya manido maniqueísmo, al describir a los malos estudiantes como personas amables y útiles que con el paso del tiempo saludan con alborozo al profesor, en contraposición con los estudiantes que lograban buenas notas, que al haberse convertido en personas importantes no recuerdan ya a los maestros:

[...] Y te preguntas
si no te equivocaste y lo sigues haciendo
[...] Y te dices
que, si fuera posible, si pudieras,
volver de nuevo atrás, le aprobarías
sin dudarle y con nota, Humanidades (Jiménez 2011: 59).

El contrapunto lírico en el poemario lo ponen algunos poemas de amor en los que Víctor Jiménez logra dar una vuelta de tuerca al tópico del enamoramiento adolescente: en estos breves pero luminosos poemas es el profesor quien se encuentra aquejado de una pasión febril y gozosa, parecida al amor adolescente pero con toda su carga de años y experiencia:

El gozo y la tristeza. Las dos caras
de esta moneda que el amor s siempre (Jiménez 2011: 25).

Muchos de estos poemas son narrativos sin dejar de ser líricos: el mayor acierto de Víctor Jiménez como poeta es saber relatar historias en sus poemas, retratar momentos en un *flash* perenne gracias al cual el lector capta y puede hacer suyo el entusiasmo agitado del amor, el abatimiento gris de la desidia, la desolación camuflada de sarcasmo y convertida en humor negro.

Pablo Moreno, la lengua de la estirpe

Pablo Moreno (Sevilla, 1977) es autor de varios poemarios: *Clara contraseña* (Númenor, 2002), *Discurso de la ceniza* (Rialp, 2008, que mereció el áccesit del Premio Adonáis en 2007) y *Lauda* (Siltolá, 2011, ganador del Premio de Poesía Fundación Ecoem). Pertenece al consejo de redacción

de la revista *Númenor*, y ha colaborado en revistas literarias como *Nadie parecía*. Sus poemas han sido recogidos en varias antologías: *La búsqueda y la espera* (Kronos, 2001, antología que toma su nombre precisamente de un poema de Moreno), *Los cuarenta principales* (Renacimiento, 2002), *Andalucía poesía joven* (Plurabelle, 2004) y *Alzar el vuelo* (César Sastre editor, 2006).

Su último poemario, se abre con una cita de Jiménez Lozano, y en su interior contiene otras de Eliseo Diego, Luis Cernuda y de Eugenio de Andrade. Dichos epígrafes evidencian los gustos y filiaciones poéticas del autor: Sevilla, Portugal y Latinoamérica se dan la mano en *Lauda*, con un toque trasatlántico ya vislumbrado en poemas anteriores.

El título no es un guiño culturalista sino toda una declaración de intenciones, que se confirma en el poema que abre el libro: cantar, nombrar y dar las gracias, es para el autor la auténtica vocación del poeta. Ya en el comienzo resuenan los conocidos versos de Eliseo Diego, “y nombraré las cosas”. *Lauda*, canta. La alegría como vocación, casi como deber, de ahí nace el título del poema “Contra César Vallejo”, autor que, por otra parte, es una de las grandes influencias en su obra:

Como se cansa uno de su propia sangre,
de los trucos pesados para vencer las horas,
hoj me cansa Vallejo. Su Perú es mi patio [...] (Moreno, 17).

El libro entero es un canto a la alegría difícil, la que se debe ganar, y por ella se afana el poeta día a día, alegría como don y como esperanza, como deseo y como camino poético:

La alegría es el don que aún espero
como esperan la cal y los castaños.
Por si esa luz volviera, solo por eso escribo,
sólo por eso (Moreno, 53).

Esta alegría va intrínsecamente unida a la necesidad de dar las gracias que rezuma en cada poema. El crítico Juan Peña define al poemario, en la revista *Clarín*, como una “respuesta de gratitud”, y como “una desacostumbrada lección de serenidad y delicadeza” (Moreno, 73). El libro gira en torno a tres grandes bloques, no en vano el tríptico es una estructura clásica en la literatura que dota a *Lauda* de serenidad y unidad.

En la primera parte, el tema que domina es la sangre, entendida como legado y descendencia. La estirpe es para Moreno luz misteriosa y unida a la tierra en la que el poeta vive. Esta poesía que abre el libro es asertiva, y en ella se nota un salto cualitativo respecto a su obra anterior, en la que se

vislumbraba la duda. La voz de Pablo adquiere fuerza visionaria cuando habla de sus ancestros:

Bendito aquel que enciende una candela
contra la noche oscura y vigila su casa [...]
Bendito el resplandor y quien lo enciende [...]
Con un fanal tan sólo habrá aprendido
la lengua de los muertos (Moreno, 26).

Estos versos dejan ver el gran influjo que ejerce en su poesía el poeta granadino José Julio Cabanillas; un influjo visible, por otra parte, en casi todos los escritores cercanos a *Númenor*:

Bendito quien regresa a casa
y la halla en pie: vuelve llamado
por una espoleada claridad (Moreno, 32).

La sangre que nos llama, en continuo diálogo con sus herederos: los de Pablo Moreno son poemas amablemente morales, versos que recalcan el deber que un hombre posee: ser bueno y ser feliz para no defraudar a sus padres ni a sus hijos. “Como si en el pulso de su sangre el poeta reconociese el latir de su estirpe”, afirma Peña (Moreno, 74). En los poemas de *Lauda*, la sangre es un río que no se interrumpe nunca.

El tema de la estirpe, prolongada hasta la deseada descendencia, se completa con un tema universal, el tiempo, entendido en este poemario como tesoro y fardo a la vez. Una dicotomía en la que, si el poeta entrega su tiempo, se convierte en tesoro y si lo quiere guardar tan solo para sí acaba siendo una pesada losa. También asoma en esta primera parte un tema recurrente en su obra (y en la de otros poetas de *Númenor* como Joaquín Moreno, Jesús Beades o Rocío Arana: la metapoésía, la preocupación constante por deshilvanar el misterio de la creación. En estos versos, el oficio del poeta es “Mirar el otro lado” (Moreno, 21).

En la segunda parte sigue muy presente la naturaleza como elemento que define al hombre, unida al tema metapoético. En el poema “Oficio”, se contraponen la figura del agricultor a la del poeta, con evidente envidia idealizada. El agricultor es el hombre que sabe nombrar, (que como hemos mencionado es la tarea principal del poeta, según Pablo Moreno). En cambio, el escritor torpemente busca con palabras y a veces no encuentra:

Yo quisiera saber más de los bueyes
y llamar por su nombre a cada árbol (Moreno, 43).

El tercer bloque se abre con una cita de Eugenio de Andrade que evidencia el gusto de Pablo Moreno por todo lo portugués. De nuevo la tierra pasa a ser protagonista de los poemas, y en esta ocasión es la tierra del poeta: el Sur. El sur como casa del poeta. El sur como un extraño país en el que nunca llueve, y cuando llega la lluvia es violenta y hermosa.

Hacia el final del libro, Moreno regala al lector poemas breves y telúricos unidos a la idea del tiempo como ciclo (todos los fragmentos de esta última parte están titulados con números romanos, pero algunos poseen subtítulos, y muchos de ellos están subtítulos con nombres de meses). Poemas reconcentrados y repletos de metáforas donde la naturaleza meridional está siempre presente. Son piezas de arte menor que condensan una idea, a medio camino entre el aforismo, la greguería y el haiku. En el poema XV, logra su propósito de cantar, celebrar la belleza del mundo. Tras una enumeración lenta y descriptiva de los serenos elementos y colores que definen el paisaje contemplado, viene la reflexión metafórica y tranquilamente gozosa.

Bajo la lluvia
son las cosas nuevas,
por estrenar la vida.
Como el perdón,
que sucede sin más
y nos consuela (Moreno, 77).

En esta parte el tema religioso alcanza su cumbre: en el poema X, una invocación a la Virgen en la que el poeta le pide que nos enseñe a mirar la hermosura corporal como ella la contempla. Aunque no lo parezca, se trata de otro texto metapoético, ya que mirar las cosas con ojos verdaderos es esencial para aquel que desea nombrarlas, es decir, crearlas en la poética vanguardista del siglo XX. La contemplación aparece unida a la belleza de la tierra, no podía ser de otro modo en este libro:

Virgen de los granados,
color de las cerezas.
Enséñame a mirar
la flor de cada cuerpo (Moreno, 70).

Un par de poemas de amor termina de componer una obra madura, en la que la tarea del poeta es solo nombrar, despojando de artificios y con la música del ritmo endecasilábico y las imágenes intuitivas como único adorno. El fin de Pablo Moreno como autor es nombrar una hermosura que se identifica con el color de las cerezas.

En resumen, el presente estudio ha pretendido analizar cuatro voces poéticas que, a modo de caleidoscopio o de coral sinfónica, convergen en una región concreta de España. Los protagonistas del artículo son poetas de edades, procedencias, influjos y trayectorias vitales diversos, pero confluyen en la pasión inestable y a la vez permanente que en los últimos años del siglo XX y principios del XXI se ha plasmado en cuatro publicaciones en la ciudad de Sevilla.

BIBLIOGRAFÍA

Aguado, Jesús; Luque, Aurora y Mesa, José Antonio (Eds.). *Y habré vivido. Poesía andaluza contemporánea*. Málaga: Diputación provincial, 2011 (libro-disco).

Alonso, Raúl. "Todas las caras del tiempo". En *Poesía Digital*, marzo 2011, www.poesiadigital.es.

Baltanás, Enrique. *Los cuarenta principales. Antología general de la poesía andaluza contemporánea (1975 2002)*. Sevilla: Renacimiento (Col. "Calle del Aire"), 2002.

_____. *Trece elegías y ninguna muerte*. Sevilla: Siltolá, 2010.

Cabanillas, José Julio. *Cuatro estaciones*. Madrid: Rialp, 2008.

Dávalos, Corina. "Siltolá, una isla para la poesía". En *Nuestro Tiempo* 663 (2010): 84 85.

Díaz de Castro, Francisco (Ed.). *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*. Sevilla: Fundación Juan Manuel Lara, 2003.

Duque, Aquilino. "La casa propia de un poeta". En *Análisis digital*.

Feu, Abel (Sel.). *Sombra hecha de luz, Antología de poesía andaluza actual (1950 1978)*. México: UNAM, 2006.

García Máiquez, Enrique. *Con el tiempo*. Sevilla: Renacimiento, 2010.

García Martín, José Luis. "Reseña en la edición digital de la revista literaria *El Cultural*". En *El Cultural*, 14 de Junio, 2000: "Háblame de las ciudades".

Iravedra, Araceli (Ed.). *La poesía de la experiencia*. Madrid: Visor, 2007.

Jiménez, Víctor. *Taberna inglesa*. Córdoba: Casa de Galicia en Córdoba, 2006.

_____. *Al pie de la letra*. Sevilla: Siltolá, 2011.

_____. *La búsqueda y la espera. Antología de poesía joven*. Prólogo de Fernando ortíz. Sevilla: Kronos, 2001.

Luna Borge, José (Ed.). *Alzar el vuelo. Antología de la joven poesía sevillana*. Sevilla: César Sastre editor, 2006.

Martínez Mesanza, Julio. *Soy en Mayo*. Sevilla: Renacimiento, 2007.

Mateos, José. *La niebla*. Valencia: Pre textos, 2003.

Moreno, Pablo. *Lauda*. Sevilla: Siltolá, 2011.

Ortíz, Fernando (Ed.). *Introducción a la poesía andaluza contemporánea*. Sevilla: Renacimiento, 1981.

_____. *Lírica andaluza contemporánea*. Sevilla: Almuzara, 2007.

Peña, Juan. "Tiempo de cantar". En *Clarín* 93, Mayo-Junio (2011): 73-74.

Pérez Olivares, José. *Cristo entrando en Bruselas*. Sevilla: Renacimiento, 1994.